

Dimite Trinidad de Antonio

MIGUEL LORENCI Madrid

La gran sorpresa del año Goya va camino de convertirse en un chasco. Todo parece indicar que en unos días habrá confirmación oficial y que el «presunto» Goya se convertirá en un Maella. La jefa del Departamento de Pintura Española del Museo del Prado, Trinidad de Antonio, ponía ayer su cargo a disposición del director de la pinacoteca, José María Luzón. Esta experta fue una de las que la pasada semana no dudó en atribuir a Francisco de Goya la autoría de un cuadro misteriosamente oculto durante todo un siglo y que 24 horas después parecía más bien ser obra de Mariano Salvador Maella. El propio Luzón había apostado por Goya como autor de un lienzo sobre cuya autoría no habrá pronunciamiento oficial por parte del museo hasta el próximo viernes.

De Antonio había coincidido en su apreciación inicial con Carmen Garrido, jefa del Gabinete Técnico del museo, opiniones que permitieron a Alberto Ruiz Gallardón, presidente de la Comunidad de Madrid, afirmar sin ningún género de dudas que

La jefa del Departamento de Pintura Española del Prado atribuyó a Goya la obra hallada recientemente en Madrid

el cuadro hallado en la sede de su Gobierno era de Goya y que éste había estampado su firma en los ropajes religiosos del San Carlos Borromeo que aparece en el extremo derecho del lienzo.

Ayer martes, en un extenso comunicado, la conservadora daba las razones que le indujeron a aventurar aquella opinión y las que justificaban la presentación de su dimisión sólo cuatro días después. Expresaba además Trinidad de Antonio su contrariedad por el hecho de que Ruiz Gallardón oficializara su opinión, advirtiendo que «no se puede llegar a conclusiones definitivas sobre la autoría de una pintura hasta que no se efectúa un estudio rigurosos, contrastado y exhaustivo».

«Ante los hechos que por este tema se han derivado para el prestigio y la seriedad de la institución, comunico que he puesto mi cargo a disposición del di-

rector», explicaba de Antonio en su nota. Cree además que el museo, «en el que trabajan excelentes profesionales, debe quedar al margen de cualquier circunstancia que pueda empañar su categoría científica».

Anuncio precipitado

Alberto Ruiz Gallardón no cabía en sí de gozo el pasado día ocho cuando presentó el lienzo a los medios de comunicación, sin dudar en ningún momento de la autoría de Goya, apoyándose en la opinión de los expertos del Prado consultados desde la Comunidad de Madrid. El cuadro había sido hallado casualmente sólo una semana antes de su presentación, en el transcurso de las obras de remodelación de la sede de su gobierno instalado en la Casa de Correos o Casa del Reloj de Madrid.

La primera voz de alerta la

daba el antiguo director del Prado, Alfonso Emilio Pérez Sánchez, que atribuía la obra a Mariano Salvador Maella, contemporáneo de Goya y valedor en la corte del genio de Fuendetodos. «Cualquiera que sepa algo de la pintura española del siglo XVIII ve que la obra no es de Goya», afirmaba categórico Pérez Sánchez, quien no dudaba que la mano que pintó el lienzo fue la de Maella. Luego aparecían unos bocetos de Maella que anticipaban claramente la obra.

El director del Prado, José María Luzón, afirmaba por su parte ayer haber recibido formalmente de parte de la Comunidad de Madrid una solicitud para investigar y verificar la autoría del cuadro. La solución definitiva llegará el próximo viernes, cuando Luzón informe oficialmente de los avatares y la resolución de los técnicos al patro-

nato del Prado y se decida su posible traslado a esta institución.

El lienzo ha permanecido todo un siglo —no sé sabe cuánto tiempo con exactitud— arrumbado en un cuartucho del edificio institucional de la Puerta de El Sol. Se da la paradoja de que Maella fue uno de los principales benefactores de Goya ante la corte de Carlos III, cuando el rey le encargó reclutar a los mejores pintores del reino para que pusieran su talento al servicio de la Real Fábrica de Tapices de Madrid.

El lienzo, de casi dos metros y medio de alto y ciento setenta centímetros de ancho, lleva un autógrafo con óleo rojo sobre una manga de la casulla de San Carlos y que inicialmente se reconoció como la firma de Goya. El cuadro carece de título y San Carlos Borromeo, quien fuera arzobispo de Milán, es uno de sus personajes centrales. Unos centímetros más abajo de la firma de Goya aparece la leyenda que da cuenta de una restauración del lienzo practicada en 1885.